

El olor a pólvora y Tatiana*

Marco Sánchez P.
Egresado Taller de Escritores
Universidad Central (TEUC)

Tal vez ya, o más adelante, Felipe ha de matarme. Pobre hombre. Durante las dos horas que ha caminado a mis espaldas lo he tratado de mirar a los ojos a ver si tiene coraje para darme un tiro en la nuca. El pone la mirada en el suelo o en las ramas. Lo entiendo. Nada grato debe ser tener que matar a un amigo solo porque a uno se lo mandan. La desgracia mía es de otra índole: jamás me tembló el pulso para matar a un hombre. Todo lo contrario: cuando lo hice, tuve la convicción casi serena de estar cumpliendo un mero acto marcado en el destino. Un acto sin reverso. Pero nunca presentí que acabaría matando a un tipo desarmado, borracho, por un motivo tan débil que quizá no merezca la pena mencionarlo. Ni que ese acto, que muchos calificaron de cobarde, señalara el final de mi vida en esta la tierra. Y mucho menos, que mi verdugo iba a ser otro hombre que es mi amigo, y a quien quizá reservo estimación.

No sé por qué, pero desde niño le he sentido gusto al olor de la pólvora. Esa pólvora quemada, convertida en humo, que sale a chorros por el cañón de las pistolas y se pierde como bruma dejando en el aire un vago olor a fiestas. A los doce años, cuando hice con un revólver que robé mi primer disparo sobre la rama de un yarumo, lo primero que se me ocurrió fue oler el cañón de la pistola y tragarme el humo por la nariz. Lo sorbí hasta que me inundó la sangre. Sentí que me llegaba a las tripas y me circulaba por los huesos y que el cuerpo se me esponjaba como si fuera levadura. “Es eso –me dije: –el olor a pólvora me calma”. Pero ese olor se me hizo más urgente, casi indispensable, después que conocí a Tatiana

en la procesión de las fiestas de San Patricio. La descubrí en medio de un combo de amigas calaveras, casi adolescentes, haciéndole morisquetas al muñeco de yeso que cuatro rezaderos llevaban en una parihuela de largueros forrados en papel de estaño. Más tarde la encontré en el guateque de María. El Flaco me la presentó. Me dijo que estaba recién llegada de San Martín. Y desde entonces ya no me la pude sacar del entrecejo.

No sé qué será de ella. No la volví a ver luego de que los hombres de Tito me capturaron para someterme a su ley. Les pedí que me dieran el destierro, la muerte civil. Les hice caer en la cuenta de que hasta la noche del *Candelo*, en Puerto Alvira yo no había matado a nadie, pero dijeron que eso estaba en manos de Tito. Pedí hablar con Tito pero siempre estaba ocupado. Tito manda por aquí. Él dice quién se va, quién se queda, quién vive y quién muere. Dicen que es justo.

Todos los hombres de Tito saben quién soy. Y Tito también. Uno de ellos, Felipe, camina por el monte detrás mío y tal vez tenga el encargo de matarme. Tal vez, no lo sé. Ellos dicen que soy basura, algo menos que un perro sarnoso. Un matón que lo mismo asesina por defensa que por cólera o por plata. Convengo. Soy así. Pero más que todo eso soy un instrumento en las manos de Dios para cegar la vida de algunos de sus hijos. Se lo he dicho pero ellos no lo entienden. Soy algo así como Tito, pero sin hombres.

Felipe no ha chistado palabra en el camino. Nos hicimos amigos en el campamento donde me tuvieron varios días encadenado a un palo. Alguna vez le pregunté si me matarían y me dijo “No lo sé, tal vez no, tal vez sí. Tito no ha dicho nada”. Pero esta mañana me dijo: “Tito ordenó que fuéramos a recoger unas cargas de maíz a San Isidro”. Me soltó y me echó por delante. Yo sé que por el camino a San Isidro nunca llega el abasto. Y si llegara, gente es lo que sobra para ir a recogerlo.

Ellos jamás entenderán mis razones. Solo parten de un principio bastante primitivo. Dirán que he matado a tantos por ese lado y tantos por ese otro. Puros escrúpulos. A mí el único muerto que me importa es el *Candelo*, aquel hombre de pelo colorado que borracho y altivo me afrentó y me encaró por haberme llevado a dormir a la Tatiana. Y no por eso en sí. Se ofendió por la forma en que lo hice: con el cañón de la pistola en la mejilla de la hembra. Y eso que él no ignoraba, como nadie en el pueblo lo ignoró, que para persuadirla utilicé todos los métodos posibles: el halago, la violencia, la espera y hasta la triste paga, como a las putas. Pero jamás la amenaza a muerte, y ni así fue cosa fácil.

Franky y el flaco, los hijos de María, son testigos: cuántas noches fueron mis compinches de farra en el Barlovento, ese quilombo inquieto de río abajo repleto de luces y de música, de mujeres y de vicio, adonde le gustaba ir a bailar a la Tatiana. Había alegría, gritos, fandango. Lo demás fue siempre soledad, oscuridad profunda. No sé, pero en Puerto Alvira no recuerdo haber visto una sola noche de luna. Solo la noche que me

llevé a dormir a la Tatiana y la siguiente parecieron distintas a las otras. Tal vez tenían la misma oscuridad y el mismo corazón de perro. Pero para mí fueron distintas. Hasta ese día siempre fui como un muñeco en manos de la hembra. Un zoquete conmovido por sus calamidades que no eran pocas y cada vez nuevas: hoy, la madre se le moría de paludismo en San José; al otro día, necesitaba un vestido, o dinero para la fianza de un hermano preso en Mapiripán por abigeo; luego, la remesa para el otro hermanito que cuidaba la chagra en Concordia; enseguida, la madre se agravaba y había que llevarla donde un tegua; y luego otra vez el cuatrero, y el de la chagrita, cuando no una tía inválida, o se les vencía el arriendo y yo dele para todo; y cuando le decía qué hay de eso, ella tenía sus otras calamidades. Las personales: hoy no porque es de esos días, y tu sabes. A la noche siguiente estaba con dolor de muela o le molestaba el callo del dedo meñique del pie izquierdo; al otro día estaba deprimida o podía quedar embarazada, y luego se había comido un chicharrón descompuesto, y luego qué se yo, hasta que el Flaco me hizo un comentario que me dio vergüenza:

—Por aquí nadie ignora —me dijo— que la Tatiana contigo baila, contigo se ríe, en tus rodillas se sienta y con otro se acuesta. Tú no mereces eso. No lo tomes a mal, pero todo el pueblo lo comenta.

Todo el pueblo lo comenta: me volvió mierda. No sé si fue que me vio muy achicopalado, porque me dio una solución en la que yo no había pensado: empuñó la mano como si tuviera una pistola en ella y me dijo.

—Esta es buena para dar consejos. Ensaya y verás como se acaban las disculpas.

El Flaco no sabía y tal vez yo tampoco, lo hondo que me había llegado la Tatiana. Y no por su belleza, pues muchas mejores que ella había en Puerto Alvira, sino por sus esquiveces. Me obsesioné con sus manos huesudas, sus tetas chiquitas, el olor de sus axilas que era como de humo revuelto con alcohol, y el hoyito que se le hacía en la mejilla derecha cuando soltaba la risa. Tantos detalles descubiertos sólo porque se negaba a acostarse conmigo. Me tenía jodido.

Porque desde el segundo rechazo ya no conocí el sosiego. A donde quisiera ir me olía a Tatiana, a humo revuelto con alcohol, y sentía la rabia pegada a mí como una rémora. Entonces sacaba la pistola y hacía un tiro a cualquier parte y me llevaba el cañón a la nariz. Jamás he olido nada más profundo, más relajante. Muy pronto, los tiros hubieron de ser dos, tres, y mejor que fueran más. Necesité cada vez mayores dosis de humo para calmar los nervios. Cuántas veces parado frente a su casa hice tiros al aire y me llevé el arma a la nariz mirando con fijeza a su ventana. Y cuántas veces el terror dibujado en su semblante me hizo sentir antojos de matarla. Y ni Franky, ni el Flaco perdieron detalle de mi agobio. Por eso el Flaco me la cantó esa noche: “Te la duermes o te la duermes. Llévela encañonada para que aprenda”.

El trago y la tarde de domingo de borrachos, la brisa fresca del puerto y una rueda de mirones de todas las calañas estuvieron presentes cuando la Tatiana convulsa y pálida se arrodilló y se me abrazó a las corvas y chilló que se iría conmigo, después de que le puse la pistola en la cara. Recuerdo su rostro untado de pelos, mocos, lágrimas y babas. Pobre: ni por todos sus pecados mereció esa humillación. Y como era un árbol caído, todos querían coger leña. La escarnecieron, le dijeron puta, sonsacadora, calentona. Todos parecían de mi parte. Pero ella luchó hasta lo último y en un descuido salió a correr como una liebre. Yo levanté la pistola resuelto a disparar y la infeliz volteó a mirar y quedó seca. Quieta como la mujer de Lot, pero con habla. “No me vayas a matar –me suplicó– yo me voy contigo”. Se me acercó y me dijo casi en la cara: “Pero vámonos ya. No quiero seguir en medio de esta gente”. Y esa tarde, por fin se fue conmigo.

Tengo ganas de creer que apenas empecé a conocer la vida aquella noche. Aún siento en mi pecho el ardor de sus lágrimas y sus quejidos que todavía no sé si fueron de rabia o de placer. Olía a cigarro, a sudor, pero sobre todo olía a miedo. Recuerdo que puso el vestidito de muselina que yo le había comprado, sobre el espaldar de un asiento de madera; los zapatos arruinados por el polvo al pie de la cama, y los refajos y la ropa interior sobre el asiento. Lo recuerdo porque fue la primera vez que la vi desnuda. Le mordí los hombros y los senos, y por primera

vez le dije algunas galanuras, y olí hasta la embriaguez el vaho caliente de sus axilas, y al contrario del humo de la pistola, su olor no era sedante sino que me alborotaba el corazón. Y deseé que hubiera Tatiana para siempre porque sin ese olor el mundo ya no se parecía a ninguna cosa. Me miré en sus ojos de cabra y le pedí que se riera no más para verle el hoyito de la mejilla y ella me llamó chiflado y me rascó la cabeza hasta que me dormí contra su pecho.

Era este un pecho casi seco, tibio, que hoy, bajo este sol y este olor a monte húmedo, recuerdo y anhelo como un puñado de ternura, y siento su tibieza en mis mejillas y en mis manos. No podría decir si el olor acre del borde del camino es a monte, a bejucos o a Tatiana; o si lo que escucho son los ruidos naturales de la maleza o su respiración. Incluso no estoy seguro si las pisadas de Felipe detrás mío son las pisadas de Felipe o el

.....

No sé por qué, pero desde niño le he sentido gusto al olor de la pólvora. Esa pólvora quemada, convertida en humo, que sale a chorros por el cañón de las pistolas y se pierde como bruma dejando en el aire un vago olor a fiestas.

.....

palpitar del corazón de la Tatiana. Así, suaves, pausados, casi con miedo a ser oídos, eran los latidos de su corazón. Como una música delicada que nadie tocaba. No debería ocurrírseme pensar en ella ahora que ya casi estoy muerto. Pero no puedo pensar en otra cosa.

Felipe me sigue callado, impasible y me esquivo la mirada cada vez que volteo a verlo. Por último se agachó el ala del sombrero y ya no tengo dudas de que me matará. Pero no tengo miedo. Pienso en él: creo que a ninguno de los dos nos gustaría estar en el lugar del otro, pero pienso también que él solo cumple su destino.

El flaco me había dicho cómo es que los hombres de Tito ajustician:

“Sacan al cristiano a dar un paseo con cualquier pretexto y hasta le hacen la charla en el camino. Nunca sabe cuándo le dan el balazo en la nuca. ¿Has visto cómo en las corridas descabellan al toro? Pues es lo mismo, pero sin corrida”.

De estas palabras me acordé cuando estaba con Tatiana. Pero no las tomé como agüero, ni siquiera al día siguiente cuando ella me declaró sus reservas.

—Yo no podré dejarme ver en este pueblo. Me harán la vida miserable. Todo Puerto Alvira se burlará de mí.

Yo fui egoísta:

—De mí no se burlarán.

—Pero de mí sí. De ti no porque tú matas por cualquier cosa.

—Una ofensa no es cualquier cosa.

—Depende. Y a veces lo haces por plata.

—Muy pocas veces.

—Pero lo has hecho.

—Pero no siempre. —Y como no quería seguir moliendo el mismo asunto porque ya me estaba rebotando, le cambié de rumbo al diálogo—: ¿Por qué no querías acostarte conmigo?

—Por lo que estamos hablando: te sentía miedo.

—¿Y ahora que sientes?

Se quedo mirándome y guardó un silencio largo.

—Siento ganas de llorar.

—¿Te irás conmigo?

—Sí, si dejas de matar.

—Dejaré de hacerlo.

—Ni por plata, ¿entiendes?

—Ni por plata.

Y le hubiera mantenido la promesa si aquella misma noche no me da por llevarla al Barlovento. El Candelo estaba sentado en una butaca de la barra.

—Qué hombre vas a ser tú —me dijo—. De hombre solo tienes la pistola.

—Con la que te he de matar, si no te callas la jeta.

Tatiana se había hecho en un rincón oscuro, como huyéndole a la vergüenza. Pero en aquel momento se levantó y le dijo al Candelo:

—Usted no se meta donde no lo llaman. Vaya a joder a otra parte.

El Candelo venía con ganas de morirse. Escupió fuerte hacia el piso y encaró a la Tatiana.

—¿Y encima lo defendés? Vos sí que sos mucha perra...

Por mucho menos que esto murieron todos los demás. Solo disparé dos veces. Lo vi caer y sentí la pesadez de siempre. Pero olí el cañón de la pistola y volví a quedar sereno. Me senté junto a la Tatiana y me tomé un brandy. Bebí otro trago más largo hasta sentirme sonámbulo. El Flaco llegó enseguida:

—Estaba desarmado —me dijo.

—Ya no importa —dije—. De todas formas no debió ponerse a ofender.

Los hombres de Tito llegaron al instante. Pero entre ellos no estaba Felipe. A este lo conozco hace poco y hace poco nos hicimos amigos. Sé que tiene mujer y dos hijos chiquitos en Acacias. Y sé que va a verlos cada vez que puede por las noches porque ya los del ejército lo tienen pisteadado. El mismo me lo contó porque fue mi centinela. Yo también le he contado cosas mías. Pero del asunto de Tatiana nunca me permitió hablarle. Siempre me decía “Hablemos de otra cosa”. Es mi amigo y no me ha de negar una última gracia: le pediré que dispare al aire y me permita oler el cañón de la pistola. Enseguida, que me mate.

